



Los buques negreros transportaron con los hombres, mujeres y niños africanos, sus dioses, creencias y tradiciones, que configuraron LA TERCERA RAÍZ DE AMÉRICA

## ¿QUIÉN NO SE ACUERDA DEL CUENTERO DE MUISNE?

Ángela Arboleda Jiménez

*Cuando visité a Papá Roncón y le hablé de mi interés por escribir una historia de su vida, se quedó mirando al suelo como perdido en sus reflexiones y cuando alzó la vista me preguntó:*

*“¿Y eso para qué, don Juan?” Yo le contesté: “Para que las nuevas generaciones podamos aprender de usted y de su saber”. Entonces me respondió:*

*“Si toda la gente que se fue a la ciudad para estudiar y aprender de los otros, regresa donde los viejos para saber, quiere decir que los negros estamos retomando el timón de nuestra historia”.*

Juan García Salazar, *Historia de vida. Papá Roncón*

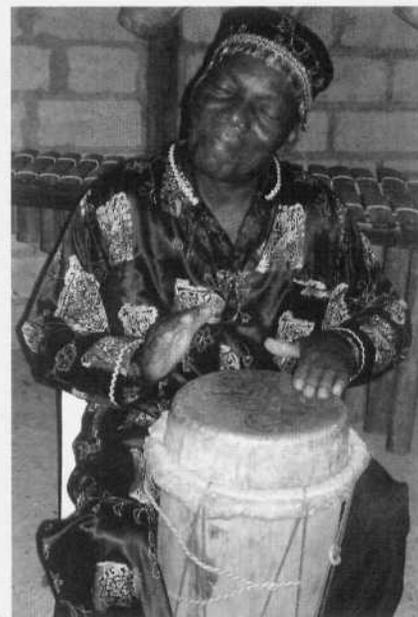
**Este** texto que encontré en la contratapa del libro citado, fue uno de los primeros acercamientos que tuve a la provincia de Esmeraldas y a uno de los mayores exponentes de su cultura: Papá Roncón. Algunos aseguran que Guillermo Ayoví, su verdadero nombre y por el que pocos lo conocen, hizo pacto con el maligno y por eso lo miran y saludan con respeto cuando avanza por las calles de Borbón, su pueblo afincado en la provincia de Esmeraldas, al norte de Ecuador. Ahí tiene su taller donde construye marimbas, enseña a los pequeños a tocarlas y recibe a músicos que van tras sus consejos, donde llegan cartas que lo invitan a tocar en Japón o en París o donde los amigos simplemente le *caen* para disfrutar de su compañía, décimas, canciones y cuentos.

Las calles de Borbón son de tierra y en los inviernos tropicales se llenan de lodo y mosquitos. Todas desembocan en el río Cayapas, por cuyas aguas embarcaciones de negros o indígenas, sin ningún control, trasladan la madera que se ven obligados a explotar a cambio de unos pocos dólares. Los bosques de esta zona están desapareciendo y a nadie parece importarle. Fue en medio de esa selva mágica y fantástica

que encontré a los personajes de esta historia. Ellos nada tienen que ver con aquel famoso estafador originario de Manabí, el *Cuentero de Muisne*, que logró a través de su convincente labia venderle a unos ambiciosos extranjeros la Torre del Reloj Público de Guayaquil.

Aunque los cuenteros que nos ocupan no buscan engañar a nadie, podemos afirmar que es únicamente en los cuentos populares donde siempre gana el más débil, el humilde, el aventurero, el pícaro pobre o el ingenioso, y pocas veces el rey, el poderoso, el rico, el abusivo. Los primeros son los que se vuelven héroes: Nasrudín en la cultura árabe; Pedro Urdemales, Cosiaca y Juan Bobo, en la latinoamericana; entre otros.

Elizabeth García, en su texto *Acerca de la función social de la palabra*, nos plantea que el libro o la palabra escrita le quitó el privilegio al hombre que, como guerrero o comerciante, como gran cazador o buen pescador, era el viajero oficioso de la comunidad, el dueño de la verdad y por tanto el más parecido a Dios. En mi búsqueda de estos practicantes del antiguo oficio de la palabra llegué a Esmeraldas, donde Ramón Cimarrón, el compadre chachi de Papá Roncón. A él no le gusta la ciudad y son pocos los blancos en quienes confía. Si va a la ciudad a dar conciertos o talleres de marimba es cuando su compadre lo lleva. Papá Roncón dice que cuando quiso tocar guitarra fue que se aprendió el rezo



Papá Roncón

para convocar al Tin tín, pero que la marimba aprendió a tocarla con los cayapas (chachis) y que por eso cada vez que puede toca a dúo con su compadre chachi, Ramón. A él es difícil encontrarlo en su casa, que se levanta en un cerrito frente a la confluencia del río Cayapas con el Santiago... “mi papá se fue para la selva y no sabemos en cuántos días vuelva a bajar”, es lo que suelen contestar sus hijos que, aunque conservan ciertas costumbres y la lengua, hablan un español bastante fluido y realizan trabajos en la ciudad. Ramón se pierde en la selva para cazar pero también para visitar las comunidades y armar talleres y enseñar a los niños la música de la marimba chachi, que aunque varios de sus ritmos tienen los mismos nombres que los de los negros, es diferente.

Adentrándome más por el Cayapas conocí a Juan Añapa, yerno de Pedro Tapuyo, el Uñi —cacique o gobernador— de la comunidad chachi Zapallo Grande, a donde sólo se llega por río. Juan es el autor del primer libro que recoge las historias y leyendas que le contaron sus mayores y que fue editado en cha’palaachi y español. En Zapallo Grande la mayoría de los habitantes practica la religión evangélica. Estas misiones se han encargado de surtir a la comunidad con una bomba de agua y otras donaciones para mejorar su forma de vida... Juan sería pues el custodio de la historia oral de su asentamiento, pero ahora enfrenta un problema. En la vitrina de su tienda de comestibles tiene en exhibición su libro, no precisamente para que las nuevas generaciones tengan acceso a él, sino porque la editorial le exige venderlo para así pagar la deuda que adquirió con ella para la publicación del mismo. “Cuando la misionera alemana supo que yo tenía estos escritos en español y cha’palaachi me dijo que se los diera, que ella me los hacía libro y me mandó a pedir con un abogado una copia de mi cédula. Después de un tiempo volvió con los libros y me dijo que le debía ese poco de plata y ahora, cada que yo junto algo, tengo que ir a Quito a pagar lo que voy vendiendo. Y así hasta que salga de la deuda. Pero yo no tengo a quien venderle, ni plata para estar yendo hasta allá. Allá en Quito, en una bodega, me tiene ese abogado mis libros.”

Omar Capena vive en la misma zona, en precarias condiciones, en una pequeña casa a orillas del río Cayapas, también en Borbón, pero él es Épera. Su padre es el botánico del pueblo y a su esposa e hijos no los pudimos conocer, pues las mujeres y los niños se escabullen por la cocina, más aún si la visita es de “blancos”. Hace poco Omar me llamó desde su celular para contarme que quiere grabar un *cd* con su música, idea que le ronda la cabeza desde que participó con sus historias y canciones en el III Encuentro Internacional de Narradores Orales “Un cerro de cuentos”, que se realizó en agosto del 2006 en Guayaquil, en homenaje a la oralidad de Esmeraldas. Durante este encuentro, Omar, por primera vez, se paró en un escenario para hablarle de la etnia épera y sus costumbres a estudiantes citadinos y a un público que, por fortuna, supo respetuosamente adentrarse en el ambiente de ritual que se impuso en la sala de teatro cuando él, Omar, contaba historias en épera o siapedé, su lengua nativa.

Se supone que el paso definitivo del contador de historias primitivo a un artista verdadero tuvo su origen en la misma comunidad primitiva, cuando éste descubrió el poder que ejercía sobre los que escuchaban y, “consciente de ello, buscó la manera de fortalecer su posición. Vio cómo las reacciones emocionales que lograba arrancar de su público eran susceptibles de transformarse en llaves que abriesen el mundo que ambicionaba, y se aplicó a descubrir la manera de provocar esas emociones en mayor grado de intensidad. Su inclinación primitiva hacia lo espectacular le permitió aprovechar hasta el límite la oportunidad que se le presentaba...”<sup>1</sup> Entonces, ¿los tiempos de la hoguera, al final de la jornada, cuando la tribu se congregaba alrededor de un hombre que era el sabio poseedor de las palabras, el más parecido a Dios, pues conocía la verdad y en su cabeza estaba la memoria e historia de un pueblo, han desaparecido? Yo pude comprobar en mis recorridos por Esmeraldas, Manabí y Guayas que esos hombres y mujeres sabios aún existen. Pude comprobar también el interés de los niños y jóvenes por escuchar y llevar estas historias a plazas públicas y otro tipo de escenarios. Ante estas comprobaciones y llena de entusiasmo, recurro a una reflexión de Pedro Mario López:

...en la plazuela se congregaban, y aún se congregan, líderes y guerreros, poderosos y desposeídos, convocados por la voz del Griot africano, o del Chaman de nuestras tierras americanas[...] Cuentan para transmitir la identidad, la memoria histórica, la cultura de un pueblo, para preparar a los hombres y mujeres, a los niños y niñas para la vida, y es precisamente este referente el que nos permite apreciar con claridad, que los cuentos, contados a viva voz, han sido desde siempre una extraordinaria herramienta pedagógica.

Para concluir, y después de varias conversaciones con los narradores populares y escénicos que más admiro, puedo afirmar que lo que nos define y lo que más amamos de nuestras vidas es lo que hemos aprendido mediante conversaciones. Los recuerdos y las historias que nos resultan significativas son las que nos permiten armar nuestra propia biografía. La conversación o la atenta escucha infantil de cuentos en casa o en algún teatro, son el camino más ameno al estudio y sobre todo a la sensibilidad. ¿Será por eso que durante la función de un cuentero, en Guayaquil, en Barcelona, en Miami, en Borbón o en Ríoacha, en una sala de teatro, en un aula o patio colegial, en una biblioteca o en una plaza pública, gente de toda edad y condición ríe, se emociona, recuerda, llora, se redescubre y por un momento olvida esa impuesta vergüenza de ser, de pertenecer a esta cultura, a esta etnia, a este idioma, a esta música, a esta época o a este país? ☒

Ángela Arboleda Jiménez (Guayaquil, 1969). Ecuatoriana, ha incursionado en el teatro y la danza, pero sobre todo en la narración oral, participando en festivales en Colombia, Argentina, México, Uruguay, Venezuela, Costa Rica, Cuba y España. En este terreno, publicó *Cuentos y tradiciones orales del Ecuador*. Tallerista de Miguel Donoso Pareja, publicó *Nadie sabe qué hará mañana*. Dirige además el Encuentro Internacional de Narradores Orales *Un Cerro de cuentos*.

<sup>1</sup> Mayra Navarro, *El Arte de contar cuentos*. Cita entrecorrida: Katherine Cather